



HOSPITAL DE ALMAS
"MARÍA DE LA CONSOLACIÓN"

NOVENA A SAN JOSÉ





Oración inicial:

San José, custodio fiel del Corazón de Jesús y María, tómanos de la mano, como a niños pequeños y llévanos hacia Dios. Enséñanos a ser dóciles a la voluntad divina, a acoger a todos los que nos rodean, a discernir el camino recto, a contemplar las maravillas de Dios. Cuida nuestra alma del enemigo y guíanos hacia la misericordia. Te acogemos hoy como nuestro patrono y te pedimos que, así como recibiste a Jesús, nos adoptes a nosotros también como verdaderos hijos tuyos. Queremos imitarte y permanecer, como tú, siempre cerca de María. Recibe nuestro corazón y alcánzanos, por medio de esta novena el favor que te pedimos.

Amén.

Meditar el día que toca

Padre Nuestro....

Ave María....

Gloria....

Oración final:

Te damos gracias, San José, porque nos acercas a María y a Jesús. Enséñanos a poner por obra lo que hemos meditado este día en tu presencia. Custodia nuestro corazón para que sea sagrario de tu Hijo Jesús. Hoy te recibimos como nuestro patrono y protector y dejamos en tus manos nuestro corazón, para que lo custodies junto al de Jesús y María. Intercede por nosotros ante Dios, para que sane nuestra alma herida y enséñanos a caminar en la vía de la misericordia.

Amén.



Día 1:

“Id a José y haced lo que él os diga”

(Gn. 41, 55)

San José es maestro de vida interior, maestro de silencio, maestro de contemplación, pero también podemos decir de él que es maestro de misericordia, pues es el custodio del Corazón Misericordioso de Jesús y María.

Si María es la intercesora ante Dios, José es quien más cerca está de María. En la plenitud de su amor encontramos la escalera que nos acerca a Dios en el Cielo y que acerca al Creador a la Tierra.

Ir a José y hacer lo que Él nos dice es aprender las actitudes básicas que nos purifican, que sanan nuestra alma y nos dan un corazón más limpio, más semejante al de Jesús.

San José, en silencio, nos enseña a amar a María y a cuidar de Jesús. Su vida sencilla y escondida llevó a plenitud el amor más sublime, pues es quien pudo llamar Amada a la más hermosa de las mujeres y tomar en sus brazos al mismísimo Amor encarnado.

Día 2:

"La generación de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo. Su marido José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto."

(Mt. 1, 18)

Nuestra humanidad débil y limitada nos lleva a mirar las cosas desde abajo, de manera plana, sin considerar toda la perspectiva del plan divino. Es normal que ante las situaciones que no entendemos, queramos tomar acciones concretas que nos saquen del apuro.

San José, en su humanidad, tomó una decisión al descubrir que su amada María se encontraba encinta. Su corazón bueno y frágil quiso hacerse a un lado y actuar buscando la felicidad de su prometida, aunque eso implicara renunciar a la suya propia. Sin embargo, la resolución de José no estaba acorde a los planes de Dios.

El Señor no mira nuestras decisiones ni nuestras obras, sino la intención del corazón. Al encontrar un alma dispuesta a morir a sí misma para que se cumpla la voluntad divina, Dios se deleita y actúa sobre ella para realizar su designio. Es así como el corazón limpio es capaz de ver a Dios (Cfr. Mt. 5, 8) y seguir su camino, rectificando las veces que haga falta y dejándose guiar con humildad por las inspiraciones del Espíritu.



Día 3:

“Así lo tenía planeado, cuando el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.»”

(Mt. 1, 18)

La confianza en la providencia es indispensable para adoptar las distintas actitudes que llevan a la misericordia.

Lo que llama la atención en San José es que, a pesar del dolor y la incertidumbre por la que estaba atravesando, es capaz de conciliar el sueño. José no se enreda pensando en el futuro, sino que pone el corazón en el presente, decide y espera confiado a que Dios actúe.

San José tiene un corazón de niño que confía en la protección de su Padre. Y Dios, que no se resiste a los corazones sencillos, acude enseguida a ampararlo.

En la relación entre Dios y San José no hay nada sobrenatural. Todo se da en la cotidianidad, de modo simple, sin enredos. Mientras el niño pequeño duerme, su padre planifica y resuelve, tiene todo preparado para que, cuando el pequeño despierte, pueda jugar libremente, sin preocuparse por nada. Es así como ha actuado con la humanidad desde la creación del primer hombre: sólo cuando Adán cayó en un profundo sueño, Dios creó de su costado a Eva, llenando así el vacío y la soledad de su corazón (Cfr. Gn. 2, 21-22). Del mismo modo, sólo cuando José duerme, Dios le entrega a María, la nueva Eva que llenará los vacíos y la soledad, no sólo del corazón de José, sino de todos los corazones que aprendan que la confianza es la clave para alcanzar la paz interior.



Día 4:

"Despertando José del sueño, hizo como el Ángel del Señor le había mandado."

(Mt. 1, 24)

El corazón que sabe amar es dócil y esta docilidad es la que alcanza la paz.

María es la Reina de la paz, porque es quien nos trae a Jesús. Y San José fue el primero en descubrir esta verdad, pues fue el primer hombre capaz de alcanzar el corazón de la Virgen.

La condición para alcanzar la voluntad de Dios es tener un corazón dócil, dejarse moldear por Dios, renunciar a los planes personales y adecuar la propia voluntad a la Voluntad Divina.

Para ser dócil, hay que aprender a amar. El corazón que no ama se resigna, se duele, se queda triste. En cambio el corazón que ama es dócil y actúa con prontitud y alegría. Sólo quien llega a la plenitud del amor puede alcanzar la plenitud de la docilidad.

San José amaba a Dios y amaba profundamente a María. En este amor divino y humano, reconoce el designio divino, cambia sus planes y cumple con prontitud lo que el ángel le manda de parte del Señor.



Día 5:

“Y tomó consigo a su mujer”

(Mt. 1, 24)

San José escucha al ángel, se levanta, obedece y acoge a María. Acoger es fundirse con el otro, llegar a la plenitud sublimando el amor.

Si José ya amaba a María antes del anuncio del ángel, la ama más aún tras recibirla en su casa, pues no sólo la acoge a ella, sino que al hacerlo, recibe también a Jesús.

San José deja de lado su dolor, su miedo, sus pensamientos, todo lo que experimentó y sufrió en soledad al ver que María estaba encinta.

No se queja, no le reclama, no se desahoga, simplemente calla y abre sus brazos y las puertas de su hogar. De este modo, se convierte en el primero en recibir la salvación de Dios.

Al acoger a los demás, siempre recibimos a la Virgen y, con ella, a su Hijo. Como San José, al dejar de lado las propias susceptibilidades para acoger con amor a los demás, alcanzamos la verdadera alegría que proviene de la presencia de Dios en el corazón.

Día 6:

“Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento”

(Lc. 2, 4-6)

Son varias las decisiones que San José debe tomar como cabeza de hogar. Una vez aceptado el plan de Dios, hay que poner manos a la obra y no siempre es fácil actuar con seguridad.

José conocía los pormenores del viaje desde Nazaret en Galilea, hasta Belén en la región de Judea. Él sabía que el censo implicaba una aglomeración de gente en las ciudades pequeñas y, además, era consciente de la condición de su esposa que estaba próxima a dar a luz.

Debía tomar decisiones y no tenía mucho tiempo para hacerlo. ¿Cómo discierne José? A través del amor. Es así como lo hizo desde el principio: cuando supo que María estaba encinta, puso en primer lugar su amor por ella y por eso decidió dejarla en secreto, cargando él con la culpa. Luego la acogió en su casa, amándola y amando a Jesús, sacrificándose para darles lo mejor. Ahora, ante esta nueva situación, vuelve a primar el amor y José se lleva consigo a su esposa para cuidarla personalmente. En el momento de buscar un alojamiento, no se deja abatir, sino que se dirige a un lugar aislado, fuera de la multitud, para recibir al niño en recogimiento y silencio.

Es el amor de San José lo que le permite tomar decisiones adecuadas en el momento justo.



Día 7:

"Dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre"

(Lc. 2, 7)

María y José son los mejores maestros de contemplación. Ver a Dios hecho niño es algo que va más allá de lo que la razón alcanza. No puede entenderse con la cabeza, no puede ponerse en palabras. Se trata de una realidad tan sublime, que ante ella no cabe más que callar.

Al contemplar se entiende lo que la inteligencia no puede conocer, se ve lo que los ojos esconden, se escucha lo que el silencio grita.

En el pesebre, los padres de Jesús vieron al Creador en su plenitud. En absoluto silencio, sin esperar nada, dejándose asombrar por la grandeza de un Dios que se hace pequeñito.

Los ángeles adoradores que permaneces ante cada sagrario donde se guarda a Dios, repiten constantemente la acción de María y San José en el pesebre: miran con los ojos del alma, con pureza, con gratitud, con alegría, en quietud y serenidad.

Tras los inconvenientes del viaje y la preocupación al no encontrar un alojamiento, el alma de José se sosiega y alcanza un estado de profunda paz al contemplar de rodillas a su Dios recién nacido. Se conmueve al mirar al Niño y aprende de su esposa, que en el silencio del corazón enseña con su presencia cómo ser un alma contemplativa.

Día 8:

"El Angel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y estate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al niño. Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto y estuvo allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: De Egipto llamé a mi hijo."

(Mt 2, 13-15)

Para entender los designios de Dios, el alma debe estar bien resguardada. San José, no sólo cuida su alma, sino que custodia la de Jesús y la de María.

Ante el peligro, no duda en ponerse en marcha. Es necesario poner todos los medios para que nada pueda hacer daño al pequeño y a su Madre. No importa si es de noche, no importa si no saben a dónde ir, lo único importante es alejarse del enemigo, ponerse a salvo, mantenerse en Dios.

Aunque el dolor amenace y todo parezca adverso, si el alma se conserva pura y a salvo, no se pierde la paz.

Cuidar el alma implica tomar decisiones, moverse, salir de la comodidad y entregarse por completo a los demás. San José cuida de Jesús y de María al ponerlos a salvo, lejos de Herodes, pero cuida también de su propia alma al permanecer junto a ellos, donándose por completo para servirles y así descubrir secretos que van más allá de lo escrito o lo dicho.

Día 9:

" Muerto Herodes, el Ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y ponte en camino de la tierra de Israel; pues ya han muerto los que buscaban acabar con la vida del niño.» El se levantó, tomó consigo al niño y a su madre, y entró en tierra de Israel."

(Mt. 2, 19-21)

La tierra de Israel es la tierra de la misericordia, pues en Jerusalén se encontraba el templo, que era prefiguración de Cristo. Así como el agua brotaba del lado derecho del templo (Cfr. Ez. 47, 1), así fluyó el agua y la sangre del costado de Cristo (Cfr. Jn 19, 34).

De este modo, tras haber vivido en docilidad, acogiendo a María, discerniendo, contemplando y cuidando el alma, san José está listo para regresar a Israel, para entrar a vivir en el lugar de la misericordia.

Oculto a los ojos del mundo, de nuevo en Nazaret, San José bebe del agua viva (Cfr. Jn. 7, 38) en la cotidianidad de la Sagrada Familia.

Desde aquí en la Tierra, él experimenta la vida de la casa del Padre, pues lo ha dado todo, lo ha perdido todo, lo ha entendido todo. Ha comprendido la misericordia.